

Anduve en medio de siete bosques desolados,
estuve frente a doce océanos muertos,
me adentré diez mil millas en la boca de un cementerio,
y es dura, y es dura, y es dura, y es dura,
y es dura la lluvia que va a caer.

BOB DYLAN, *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, 1962.

No nos gustan las visiones apocalípticas, pero es cierto que los poetas (con ese tono primigenio de los antiguos augures) a veces formalizan imágenes que impactan en nuestro pensamiento y nos llevan a la reflexión.

Entre otros muchos misterios de la historia, el auge y declive del pueblo de la Isla de Pascua ha sido estudiado desde diversos puntos de vista. ¿Cómo una pequeña civilización que dio muestras de elevada cultura y prosperidad pudo decaer y desaparecer? Clive Ponting, en su *Historia verde del mundo*, propone el análisis más aceptado actualmente: "La historia de la Isla de Pascua no es una historia de civilizaciones perdidas y de conocimientos esotéricos. Es más bien un llamativo ejemplo de la dependencia de las sociedades humanas respecto a su medio ambiente y de las consecuencias de dañar irreversiblemente ese medio ambiente."

El autor también expone una propuesta para explicar por qué aquella sociedad no fue capaz de diagnosticar su enfermedad medioambiental y prever soluciones. En los casos históricamente analizados, los indicios que marcaban el desastre no era posible percibirlos en el lapso de una generación, y por tanto se diluían en la memoria colectiva aquellos datos que podrían haber funcionado como alerta.

Nosotros tenemos dos poderosas herramientas para superar esa circunstancia: la ciencia, con sus metodologías que actúan como potente memoria, y la constatación de que los cambios medioambientales son observables, desgraciadamente, en lapsos temporales a escala generacional.

Es cierto que el conocimiento científico no siempre puede garantizar sus aseveraciones, y que lo que hoy es una verdad incuestionable, mañana se derrumba con sus consecuencias sociales y culturales. Pero también es cierto que nuestro afán de superación nos está acercando a concreciones técnicas fruto de verdades científicas cada vez más sólidas, más verificadas y dialécticamente contrastadas.

El problema se nos plantea cuando el conocimiento nos lleva a proponer cambios de actitudes sociales, culturales y económicas que alteran nuestro actual modo de vida. Los diferentes actores sociales visualizan el nuevo cambio y se posicionan delante de los prejuicios y ventajas que piensan pueden suceder.

A nadie se le escapa que todo ello está transitado por la defensa de posiciones de privilegio económico y político. Pero en los sistemas democráticos todo ello debería ser transparentemente trasladado al debate público. No es tolerable que nuestro sistema de vida, que razonablemente nos puede llevar a situaciones medioambientales de alto riesgo, no sea debatido y decidido con la mayor participación posible: bueno o malo es el futuro de nuestros hijos, de nuestros nietos.

Los poetas a veces formalizan imágenes que impactan en nuestro pensamiento y nos llevan a la reflexión

Sin embargo, hemos de felicitarnos porque este debate, sus proyecciones y sus consecuencias, está cada vez más presente en la agenda de las organizaciones más importantes. Y hemos de reconocer que este debate empieza en las ONGs, sigue en el mundo político y contagia al mundo empresarial. Y éste está haciendo gala de una importante implicación y protagonismo. Pero para ello debemos abrir el espacio a un nuevo compromiso social, transversal, multidisciplinar, porque los retos, las incertidumbres y los riesgos lo merecen.

Hemos de hacerle caso al poeta, truncar su visión apocalíptica e impedir la fuerte lluvia que iba a caer.

